

y A n a d i E d i c E l E q u i e r O , s o l O m E g u s t A

lola López mondéja

La liberación sexual de las mujeres, las teorías y prácticas que favorecieron la igualdad entre los géneros, la separación entre procreación y sexualidad que posibilitaron los métodos anticonceptivos, y el triunfo del individualismo como propuesta ética –y estética– de nuestras sociedades poscapitalistas, han producido modificaciones sustanciales en las relaciones afectivas entre los hombres y las mujeres.

Lo que Zygmunt Bauman¹ llamó felizmente amor líquido, para calificar un afecto presto a retirarse y posarse en alguien distinto, rápido, exento de la calidez y la solidez que atribuíamos al amor romántico de siglos anteriores, y adaptado a las necesidades de consumo de nuestra sociedad, se ha adelgazado hasta el extremo de que, a nuestro juicio, lo que encontramos hoy entre los más jóvenes² es la desaparición de la palabra amor, del famoso te quiero.

Eva Illouz³ ha expuesto pormenorizadamente el paralelismo entre las formas de amor romántico y las propuestas del mercado, el modo en que los gestos del romanticismo comportan siempre una imagen de lujo o, al menos, de consumo. Cenas románticas, lencería fina, cruceros, viajes, regalos. La imaginería del amor hace feliz a los publicistas que fueron quienes, precisamente, se ocuparon de la identificación del sentimiento con sus propuestas de vendedores de deseos. La intimidad de la pareja se supone que anda paralela con esas citas que cine, televisión y la publicidad exponen hasta el hastío. La intimidad, que antes era secreta, es ahora una copia de la intimidad expuesta e inventada por los medios.

Sin embargo, también el amor romántico ha sufrido entre los jóvenes una, llamémosle, fragmentación, que ha separado uno a uno sus diversos componentes.

Por una parte, la primera división se deriva de su experiencia de que las necesidades sexuales andan separadas del sentimiento que comúnmente llamamos amoroso (ternura, deseo de intimidad, compromiso, anhelo por compartir). Separación que Freud ya distinguió al señalar que el vínculo de amor surge de la experiencia de hombres y mujeres de que el deseo sexual satisfecho volverá a estar insatisfecho después de un tiempo, de ahí que se invista, es decir, se le atribuyan imaginariamente cualidades que lo hacen especial, a quien dio satisfacción a ese deseo, hasta significarlo por encima de los demás, y acabar ligándose a él con otros afectos más tiernos, que satisfacen, junto a las necesidades sexuales, las de apego.

Sin embargo, la experiencia erótica de los y las jóvenes de hoy hace cada día más difícil ese tránsito de la necesidad sexual al lazo más estable, es decir, la unión de las necesidades sexuales con la de apego e intimidad. Analicemos sucintamente el porqué.

En primer lugar porque el levantamiento de la represión de la sexualidad que comenzó a mediados del siglo pasado ha banalizado el encuentro sexual, si bien todavía de forma no igualitaria, ya que encontramos que

1. Bauman, Zygmunt, El amor líquido, Paidós, Barcelona, 2005.

2. Nos referimos a jóvenes urbanos, de educación media o universitaria.

3. Illouz, Eva, El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo, Katz Editores, Madrid, 2009.

las jóvenes siguen esperando que la relación sexual sea la puerta de entrada para un vínculo más duradero, mientras que los jóvenes se conducen con mayor ligereza en el mundo de los encuentros esporádicos, de las relaciones simultáneas con varias chicas, sin establecer mayor compromiso (a menudo informan a sus distintas parejas sexuales de su disposición, sin inducir a engaño). Desigualdad que creemos tiende a desaparecer.

Esta diferencia entre los géneros cabe atribuirla a la desigual educación sentimental que ha ejercido el patriarcado, empujando a la mujer a relaciones más estables, y a los hombres a escarceos que se prolongan hasta que a mediados de la treintena intentan una relación más estable, llevados por el imperativo social, asumido intrapsíquicamente, de tener hijos o de sentirse maduros (no obstante, el número de hombres solteros que viven solos o en la casa familiar crece).

Así pues, nos encontramos, para ellas y ellos, con un largo periodo que abarca desde el despertar sexual (según las estadísticas, la mayoría de los jóvenes tienen hoy su primera experiencia sexual alrededor de los catorce años), hasta bien avanzada la treintena, en que las relaciones son breves en el tiempo, sin compromisos, o con un compromiso muy condicionado al beneficio que aporta la relación: se está junto al otro si el placer que aporta la pareja es superior al conflicto que, inevitablemente, aporta siempre el encuentro con un partenaire. Aspecto éste que se ha comparado con un intercambio comercial, del tipo costes/beneficios.

En segundo lugar, la separación de la necesidad sexual del sentimiento amoroso (sentir y decir te quiero) se produce porque la represión que antes se imponía a la sexualidad actúa hoy, precisamente, sobre los sentimientos de afecto y de apego. El individualismo intenta suprimir la profunda necesidad de intimidad que existe en todos los seres humanos, levantando un ideal de autosuficiencia que evita el reconocimiento de estas necesidades; ideal que podría formularse así: yo me basto a mí mismo, no necesito a nadie, necesitar a alguien me hace sentir vulnerable y dependiente, y la independencia es mi máxima.

Este ideal autoimpuesto produce devastadoras consecuencias. Una de ellas es un pragmatismo afectivo que moldea el esbozo de afectividad que pueda desprenderse del encuentro erótico.

Mostrar la necesidad del otro es vivida por quien la siente como una muestra de su vulnerabilidad, que lo expone al desprecio y al virtual abandono, sin recursos para defenderse de él. Mientras, el destinatario de esa necesidad siente que quien así lo desea no es una persona entera, libre, fuerte, y puede experimentar hacia ella desde el menosprecio hasta la angustia de sentirse objeto de una atención que, teme, le aboque a un compromiso que no se plantea. Por suerte, a veces el encuentro no es fallido como el que describimos, y se produce la unión de una pareja, hasta que la balanza coste/beneficio caiga del lado del primero.

Esta represión de las necesidades afectivas trae consigo la caída en desuso de la palabra amor, si bien las necesidades subjetivas pueden seguir siendo las mismas (pero esto sería objeto de otro artículo). Estar enamorado es hoy menos intenso que en los tiempos del amor romántico, algo que puede manejarse desde el pragmatismo y control del yo individual engrandecido. De ahí que, para referirse a sus preferencias, los jóvenes de ambos sexos se expresan mucho mejor con el famoso icono de facebook: Me gusta, que con el obsoleto y solemne Te quiero.

Los jóvenes se gustan, sienten la «limerencia», es decir, el estado intenso de excitación física inducido por la atracción hacia otro individuo, una pulsión universal que les empuja desde la pubertad a la búsqueda de un compañero/a sexual. Este sentimiento es reconocido y actuado con cierta naturalidad, exenta de la culpa con que las generaciones anteriores lo vivían, pues la aceptación de lo sexual incluía entonces, para ser aceptado sin reproches, su coexistencia con el sentimiento amoroso.

Los jóvenes se gustan y se usan mutuamente como objetos de satisfacción, inhibiendo otras necesidades de afecto que quedan a un lado, guiados por un control emocional que les evita el riesgo de sufrir por el otro, en el caso de que dejasen correr sus emociones.

Zygmunt Bauman⁴ lo dice así: la vida líquida es una sucesión de nuevos comienzos, pero, precisamente por ello, son los breves e indoloros finales los que nos producen mayor malestar: saber librarse de las cosas prima sobre cómo saber adquirirlas. Todo tiene fecha de caducidad.

4. Bauman, Zygmunt, La vida líquida, Paidós, Barcelona, 2010.

Cuando la necesidad erótico/sexual y afectiva/de apego e intimidad pugnan por juntarse, los jóvenes de hoy temen sufrir y se previenen, se observan, controlando racionalmente que cada uno de sus pasos hacia una conjunción, que promete tanto la felicidad como un posible e indeseado dolor, sean al unísono... y se cuidan de hablar de amor. La prudencia anticipatoria les lleva a menudo a establecer otros contactos virtuales que aminorarían posibles abandonos, estableciendo así una red de seguridad dispuesta a activarse en el momento que sientan cualquier amenaza, tal y como los trapecistas instalan sus redes para evitar posibles caídas letales.

Por último, otro ingrediente fragmentado, separado de la experiencia global del sentimiento antes llamado amoroso, es la intimidad. La conexión con el otro se experimenta con los amigos y las amigas, la fratría, la hermandad, a quienes se les dedica cada vez más tiempo, aún cuando se establece la relación de pareja. Si bien, observamos un adelgazamiento de los lazos de amistad afectados también por el ideal individualista y las dificultades que comporta a la hora de aprender a gestionar las diferencias.

Como señala Illouz⁵, el material volátil de la cultura (las normas, los lenguajes, los estereotipos, las metáforas y los símbolos) ejerce cierta influencia sobre las emociones, e incluso puede llegar a definir las. El amor pierde peso en la vida de los jóvenes, que acaban por no nombrarlo; aunque residualmente quede en su firmamento como algo deseable, que ni siquiera saben bien cómo identificar.

Lola López Mondéjar es psicóloga clínica, psicoanalista, articulista y escritora



Foto: Julie Delabarre

5. Illouz, Eva, Intimidaciones congeladas. Las emociones en el capitalismo, Kazt Editores, Madrid, 2007.